



**José Tomás de Cuéllar**

## **Problemas suntuarios**

Confeccionando el vestido a verdes de Isaura, y convertida la falda aquella en chaqueta de Natalia, faltaban todavía algunos adminículos indispensables, destinados nada menos que a corregir, o mejor dicho, a torcer y exagerar las líneas de la madre naturaleza.

Aquellas niñas habían observado con ese ojo perspicaz de la polla a la moda, que las mujeres deben ostentar hoy una curva saliente en la región del coxis, ni más ni menos que si se tratara de un absceso, de una fibroide imposible, o de giba de dromedario; y no hay que preguntar el porqué de esa protuberancia. La moda tiene sus exigencias a que obedecen así las muchachas enhiestas como las cargadas de hombros.

París se encarga de la corrección de líneas, de abultar, de ahuecar y de perfilar a la mujer, para alejarla cada día más del tipo de nuestra primera madre en el paraíso; y si los hombros de aquella señora y de las que le sucedieron fueron escultóricos en el sentido de su redondez, hoy las hijas de Eva lo usan todo puntiagudo y anguloso, para probar que la línea de la belleza no es la curva, y se ponen zapatos de punta de lápiz y se colocan en los hombros otras prominencias que recuerdan una uña que los murciélagos tienen en la segunda articulación de las alas.

Las niñas aquellas que, como hemos dicho, eran pobres, habían agotado el presupuesto de ingresos maternos saliendo, como la guarnición, con veinticinco días en el mes, y no había modo de comprar una de esas jaulas

de varas y cintas que vende La Primavera para abultar a las señoras. Pero Isaura era mujer de recursos y no se había de parar en tan poca cosa para no improvisar la susodicha jaula.

Tomó a su hermana Rebeca y probó a acomodarle una canastita.

Natalia opinó por un tompeate, dando muy buenas razones a su flexibilidad y menor peso.

Y la mamá, que no pudo menos que aplaudir el ingenio de las muchachas, vino cargando varios objetos propios para abultar.

-¡No, mamá! -exclamó Natalia contrariada-. ¡Cómo vamos a ponernos jaulas de alambre ni cajoncitos de puros!

-¡Para abultar!... -dijo la mamá-, al fin no se ve.

-¡Pero se puede tentar! Y la dureza...

-Pues... y la forma... -dijo Rebeca-, eso debe ser blando, flexible, pues... así como si fuera de ballenas.

-Quiere decir, un verdadero polisson.

-Sí, como los que venden en La Sorpresa y Primavera Unidas, a veinte reales.

Todo esto lo decía Rebeca con la canasta colocada en el sitio a propósito.

-¡Tocan!

-¡Ave María Purísima!

-¡Cierren! Que no estamos en casa.

-¿Quién será?

-¡Sea quien fuere, no abran!

-Yo no me puedo quitar la canasta.

-¡Se ha hecho nudo! -dijo Rebeca.

-¡Escondan la jaula!

-¡Y esos tompeates!...

-¡Ya van!

-¡Siguen tocando!

-¡Será persona de confianza!

-¡No le hace!

-¡Está abierto!

-¡Ay, Jesús!...

Pío Cenizo, uno de los novios de las niñas, acababa de entrar.

Apenas saludó, notó que allí pasaba algo extraordinario. Isaura estaba pálida, Rebeca muda, Natalia temblando y la señora turbada.

-¿Qué ha sucedido? -exclamó Pío-. ¿Alguna desgracia?

Nadie podía contestar y Pío paseaba sus miradas por todas partes.

-¿Se ha ido algún pájaro? -preguntó viendo la jaula.

-Sí, mi canario -dijo Natalia, encontrando una salida.

-¡Qué lástima! -dijo Pío-. ¿Y cantaba?

-Era un primor.

-¿Y cómo se fue a ir ese pícaro! -dijo examinando la jaula-. ¡Ah, acabáramos! Le faltan cuatro alambres. Por aquí cabe un zopilote. Con razón se fue...

Las niñas rompieron a reír, y Rebeca pudo escaparse andando para atrás porque no había podido desprenderse la canasta.

-¿Y tantas canastitas? -preguntó Pío-. Supongo que pretenderían ustedes coger al prófugo.

-Eso es -dijo la mamá-, íbamos a ponerle una trampa.

-Para trampas aquí estoy yo -dijo Cenizo-; voy a cogerlo. ¿Estará en la azotea?

-Allá está cantando, óigalo usted -dijo la mamá.

-¡Allá voy!

Y Pío Cenizo salió de la sala para dirigirse a la azotea.

Los preparativos en casa de la señora del curial eran de muy distinto género. Las dos niñas habían recibido dos magníficos vestidos de raso confeccionados por una modista de primer orden. Era un valiosísimo obsequio de don Gabriel, que deslumbró al curial y a su mujer; y no sólo los deslumbró, sino los dejó sin habla, porque la señora, al ver a don Gabriel, apenas pudo articular estas palabras:

-¿Pero para qué se mete usted en esos... vestidos?

El curial no pudo ni siquiera articular esa frase, encontrando bien pronto disculpa a su descortesía en aquello de que el silencio es más elocuente.

En cuanto a Saldaña, que no había pensado en otra cosa más que en el baile hacía muchos días, lo había tomado más a pechos que los demás; no sólo porque Saldaña tomaba así las cosas, sino porque él mismo se sentía, más que nunca, dispuesto a devorar los placeres del baile, y muy especialmente los de aquel baile, que casi era suyo; él lo había hecho todo, era su creación, su obra, y se proponía gozar para indemnizarse de todas las molestias que se había tomado. La idea de bailar y lucirse lo indujo a verse en un espejo. Aquel saquito del diario estaba muy corto, muy claro y muy raído. ¡Cómo se iba a presentar en el baile con aquella facha!

Pero para Saldaña no había dificultades; del arreglo de los licores, de los alquileres y de todo lo que había tenido que manejar, le quedaba un pico que con toda conciencia él llamaba busca legal, fundado en que el artículo 5.º de la Constitución prohíbe imponer trabajo o servicio personal sin la justa retribución.

Armado con este principio constitucional, se fue en derecha a la casa de un sastre rinconero amigo suyo, y muy su amigo, que era nada menos que el Saldaña de los sastres, porque sacaba partido de toda la ropa vieja, y de los faldones de una levita sacaba un chaleco, y de un saco de codos rotos sacaba uno nuevo para niño; y era, en fin, una especialidad para transformaciones.

-¿Qué hay, don Teodoro?

-¿Qué hay, Saldaña? ¿Qué tenemos?

-Nada, un bailecito.

-Ya he sabido; el baile que le dicen de las Machucas.

-No, ¡qué Machucas! Le dirán de Saldaña, porque yo lo estoy preparando.

-Es natural, y va a estar muy bueno, según dicen.

-Tanto, que le necesito a usted, don Teodoro.

-Vamos a ver en qué puedo...

-Una levita.

-¿Negra?

-Por supuesto, hombre; negra, para baile.

-Aquí tengo una forrada de seda, una pieza magnífica y una verdadera

ganga. Era del diputado...

-¡Ah, ya sé la historia! Se la voy a contar a usted, don Teodoro. Ésta es la levita nueva que llevaba el diputado hace seis meses en el Tívoli de San Cosme, el día del banquete, donde, como sabe usted, por una cuestión de faldas se agarró con el licenciadito. No se lastimaron, pero la levita sacó un rasgón y un chorro de consomé. El diputado, al llegar a su casa todavía con la turca, le regaló la levita a su criado. «¡Llévate eso lejos de aquí! ¡Que no vuelva yo a ver esa levita!».

-Eso es, y el criado la vino a vender. Véala usted ahora; búsquele el rasgón y el consomé.

-¡Enteramente nueva! -exclamó Saldaña-. Y también le daría usted al criado un par de pesos por ella.

-¡Ah, qué usted! Le he dado cinco, para poder venderla en quince.

-¡Quince pesos por el repelo!

-Enteramente nueva.

-Doy ocho.

-Muy buen dinero, pero vale quince.

Después de mucho hablar, Saldaña se quedó con la levita por nueve pesos.

En seguida buscó a su zapatero, el que hacía botines de charol a tres pesos y medio, compró corbata, limpió unos pantalones y echó bencina a un par de guantes que le habían acompañado seis años, porque sólo se los había puesto en las ocasiones solemnes, que habían sido pocas.

-¡Espléndido! -exclamó Saldaña probándose a solas la levita-; voy a estar hecho un potentado. Voy a dar golpe. Lo único que me falta es una buena cadena para mi reloj de níquel... Se proveerá, Saldaña, se proveerá... -dijo Saldaña dándose golpecitos en la frente-. ¡Y hora que me acuerdo! ¡Mi pobre Lupe! ¡La madre de mis criaturas, a quien con esto del baile no he llevado el diario en tres días! ¡Dejarla sin gasto! ¡Nada! Ya habrá empeñado la pobrecita... Sobre la marcha a ver a Lupe.

Lupe -como la había clasificado Saldaña- no era su mujer, ni siquiera su querida en servicio activo, porque, según Saldaña, pertenecía al Depósito; era exactamente la madre de sus criaturitas. En cambio, Lupe, en su ausencia, le llamaba a Saldaña el padre de mis criaturitas.

Con esto está dicho cómo aquella unión provisional no tenía más lazos morales que las tales criaturitas.

Pero Saldaña, al pensar que había dejado sin gasto a su Lupe, tuvo un arranque de amor retrospectivo, y sintió el vehemente deseo de hacer partícipe a la madre de sus criaturitas de los placeres de aquel baile, en que él se proponía ser completamente feliz.

-Buenos días, Lupe -la dijo entrando-. ¿A dónde están mis pelones? ¡Acá la guardia! Vengan acá, muchachos.

Y se subió un chiquitín en cada rodilla.

Lupe meneaba el arroz que contenía una cazuela, y volvía la cara para ver a Saldaña.

-¿Has estado enfermo?

-No, mi vida; ocupado, horriblemente ocupado. ¿Y tú?

-Yo, con las punzadas.

-¿No te has curado?

-No.

-Mira, mujer, lo que tú necesitas es darte un alegrón.

-¿Cómo es eso?

-Voy a decirte. ¿Ya sabes del baile?

-Anoche hablaban de un baile en la vecindad, y como te mentaron a ti, puse cuidado.

-¡Ah! Bueno, pues ya sabes cómo arreglo yo las cosas; el baile lo hago yo... quiere decir, no lo costeo; eso no; pero lo hago y va a estar espléndido.

-Eso dicen.

-Y se me ha metido entre ceja y ceja...

-¿Qué?

-Llevarte.

-¿Estás loco?

-No, mujer; tengo ganas de echar contigo una danza como ya sabes, como las que bailábamos.

-Sí, pero eso era entonces -dijo suspirando Lupe.

-Y ahora, sí señor, y ahora, ¿por qué no? Mira, para que nos podamos entender, hoy como contigo -dijo bajando a los muchachos de sus rodillas-. ¿Qué tienen de comer? -preguntó acercándose al brasero.

-Nada más que arroz.

-No; pues hoy es día de fiesta, voy a proveer -dijo pasando su mano huesosa por la pálida mejilla de Lupe, y salió a la calle.

Lupe no había dejado de mover el arroz, y ya se quemaba cuando, volviendo ella de su sorpresa, acertó a ponerle agua, y desprendió de la cazuela ese vapor impregnado de esencia de cebolla, que difundiendo por toda la pieza fue a despertar el apetito de las criaturas, quienes pidieron su sopa a dúo.

Al cabo de algunos minutos presentose de nuevo Saldaña seguido de un muchacho que cargaba unas cazuelas, pan, tortillas y una tina con pulque.

-Mira, mujer -exclamó Saldaña, descubriendo las cazuelas-. ¡Mole de guajolote, enchiladas y frijoles con sus tortillas y su pulque correspondiente!

Las criaturitas se acercaron al mandadero, empujándose para oler aquello, y por la fisonomía de Lupe atravesó como un reflejo de alegría gastronómica que contrastó con las sombras de su habitual tristeza.

Sobre las desiguales vigas del cuarto logró Saldaña acomodar una mesita de palo blanco, y sirvieron de asiento un baúl para los niños y las dos únicas sillas del menaje.

Saldaña explicó a Lupe durante el almuerzo, y entre una y otra libación del San Bartolo, cómo estaba en posición de llevar al día siguiente un vestido de baile, abanico y todo lo que pudiese necesitarse para que aquella pobre mujer luciera, al menos por una noche, el papel de persona acomodada; y como no era la primera vez que Saldaña tenía de aquellas fantasías, Lupe era resignada, y se manifestaba bien dispuesta a la transformación.

En efecto, al día siguiente entraba Saldaña en un bazar de empeño de un español, amigo suyo, a quien llamó hacia un extremo del mostrador.

-Oiga usted, don Sotero, podemos salir del vestido azul -díjole sacando una gran cartera atestada de papeles de todas dimensiones-. Aquí tiene usted el boleto. Si le gusta darán hasta catorce pesos.

-No, hombre, el patrón ha dicho que una onza es lo menos.

-Yo creo que bajará dos pesos.

-No lo crea usted, Saldaña; es lo menos.

-Bueno, pues lo llevaré para probar sacar los otros dos.

El dependiente buscó entre algunos bultos que le eran familiares uno que entregó a Saldaña.

Entretanto, éste había sacado otro boleto y dijo al dependiente:

-Por el abanico dan cinco.

-Seis lo menos.

-Bueno; pues también lo llevo por ver si saco el otro. Conque por todo veintidós... Y lo había ajustado en diecinueve, pero vamos a ver. Hasta luego, don Sotero.

-Abur, Saldaña.

Hizo todavía éste algunos preparativos para esperar a Lupe, y cuando creyó que nada faltaba se dirigió a la casa de sus criaturitas.

Hubo necesidad de coger varias costuras del talle y cortar algo que Saldaña estaba bien seguro no sería notado por don Sotero, a quien, como se habrá comprendido, habían de volver al día siguiente el vestido azul y el abanico, so pretexto de la diferencia de tres pesos en el precio.

Quedó, pues, resuelto que Lupe iría al baile. Era aquella una transformación que asombraba al mismo Saldaña, quien, contentísimo de su hazaña, se decía a sí mismo:

-¡Magnífico! Esto se llama entenderlo. ¿Por qué no había yo de llevar a esa pobre mujer? Bastante lo merece por su prudencia y su resignación en tantos años. Ella, la pobrecita, sin goces de ninguna clase, sólo dos veces ha ido a los títeres para llevar a mis criaturas. ¡Y pensar que yo le robé todas sus comodidades y le quité su novio... y... en fin, la hice la madre de mis criaturas!... ¡Nada! Es preciso que baile, que se divierta... que... A las criaturitas las dejamos bien cuidadas en la vecindad. A Lupe la llevará un amigo de confianza, quien quedará bien indemnizado de la molestia con el placer de ser de los nuestros, y una vez en la sala ¡quién diablos va a averiguar que Lupe es... la madre de mis criaturitas!

Por todas partes se hacían preparativos para el baile, o mejor dicho, se hacían ni más ni menos los preparativos que se hacen para todos los bailes, pero que presentados sin cohesión, como a la presente, pasan desapercibidos; y un autor de novelas tiene entre otros el derecho de meterse a su capricho en la casa de todos sus personajes, con la piadosa intención de publicar sus poridades.

Metámonos otra vez, pues, en casa de las Machucas, pues no hemos de dejar de analizar ninguna de las particularidades que las rodean. Las Machucas, entre otras muchas de sus cualidades negativas, tenían la especialidad de bailar muy bien la danza habanera, tanto que la víspera del baile ya cada una tenía comprometidas más danzas de las que podían bailarse en una noche. Y decimos que bailar bien la danza es una cualidad negativa por razones que, si el curioso lector tiene paciencia, oirá de nuestra boca.

En la perpetua lucha que la moral sostiene contra el vicio en todas las sociedades, sucede que el incremento de las malas costumbres se efectúa por medio de transacciones preparadas por la hipocresía.

La hipocresía es una especie de agente de negocios del vicio. Toma una fiesta religiosa para atribuirle toda la responsabilidad del ultraje a la moral, y combina la fiesta de la Candelaria con la libre instalación del garito y del carcamán.

Y esas señoras, otras señoras, y ciertas señoras, juegan juntas a los albures el precio de la hermosura, el dinero del marido y el pan de los hijos.

La transacción se verifica sin más condiciones que la de ser transitoria y un poco lejos del centro, como transige la buena educación con un esputador de profesión o con un enfisematoso, siempre que éste escupa no en medio de la sala, sino en un rincón y en la escupidera.

De manera que, siendo en Tacubaya y por pocas semanas, hay señoras para quienes lo infamante y lo inmoral del garito es parvedad de materia.

He aquí otra transacción. La hipocresía cree muy justo despedirse de los placeres de la carne ante la terrible perspectiva de cuarenta días de abstinencia, e inventa el Carnaval. Mientras en México las mujeres públicas fueron descalcitas, como habían sido las Machucas cuando las conoció Saldaña, los bailes de máscaras eran, sin distinción, para las clases acomodadas de la sociedad; pero cuando el lujo y la prostitución se dieron la mano, los bailes de máscaras se componen de esas señoras y del sexo feo, el cual aprovecha esa ocasión anual para darle gusto a ellas sin aprensión ni reticencia.

Llegamos al fin a la transacción por la que empezamos: a la danza habanera.

Los pobres esclavos de Cuba, tostados por el sol, rajados por el látigo y embrutecidos por la abyección, despiertan algún día al eco de la música, como despiertan las víboras adormecidas debajo de una piedra.

En la vida del salvaje y del esclavo el placer es esencialmente genésico, por la misma razón fisiológica que en el animal lo determina sólo en un período de su vida. De modo que en el esclavo y en el animal no hay placer sin lascivia, y siendo el baile la expresión del placer, el baile del esclavo no puede ser más que libidinoso.

El esclavo está en su derecho de bailar bajo un sol ardiente, así como lo está el león de rugir en el desierto tras de la leona.

Las niñas estaban con los ojos vendados y no entendían nada en materia de rugidos de león, ni de danzas de negros, y encontraron en realidad inocente y nuevo lo de llevar el compás con la manita y con los pies, y bailaron la danza habanera delante del papá.

Y todos los papás, hasta sin la intervención de la hipocresía, le extendieron a la danza de los negros su patente de sanidad para los salones.

Y se verificó sin remedio otra transacción de la moral con las malas costumbres.

Después de las anteriores reflexiones y conocidos los antecedentes, no nos queda más, para realzar las cualidades de algunos de nuestros personajes, que repetir lo que todo el mundo dice, a saber:

Las Machucas bailan muy bien la danza habanera.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

